

llos, que componían juntos una fuerza de cerca de cincuenta mil hombres, con los cuales el general Favrat debería proteger y sostener el ejército ruso, reducido á unos doce mil hombres. Manstein, juzgando llegada la hora de la crisis y habiéndose asegurado de los sentimientos de Geusau y del ministro de Relaciones exteriores, el cinco de Mayo declaró al rey con firmeza que no había que pensar en el viaje al Rhin antes de que se arreglase lo de Polonia, cuya insurrección obligaba á adoptar medidas enérgicas, y la primera de todas, que el rey saliese de Berlín para el Oriente el doce, se incorporase al ejército el catorce, para comenzar el quince las operaciones, tomar á Cracovia y Varsovia, rechazar luego al enemigo allende el Vístula, y después de conseguido esto, sería ocasión de negociar si se estimaba conveniente. Y como el rey no se diese aún á partido y contestase con evasivas, continuó Manstein con vehemencia: «Que su majestad reflexione, que cada uno de nuestros aliados no piensa más que en su interés, y que sólo su majestad obra lealmente en vista del bien general; pues desde el momento en que todos se inspiran en el egoísmo, Prusia debe imitarlos, bajo pena de exponerse á pérdidas sensibles.» Todavía se resistió el rey durante algún tiempo, pero acabó al fin por rendirse á las razones de Manstein, accediendo, no sin lanzar un suspiro, á partir el doce para Polonia. Mas no dejó de tener sus veleidades, y Manstein necesitó entablar nueva lucha, que terminó por la completa derrota del rey y de sus deseos. «Alabado sea Dios, escribió entonces Manstein á Mallendorf, todo está de nuevo en buen camino.» En efecto, el catorce abandonó el rey la capital, acompañado de Manstein y Lecchesini, para ir á tomar el mando del ejército de Polonia; con lo que resuelto quedaba que Prusia no haría en la guerra contra Francia sino lo estrictamente inevitable.

A tan mezquinos términos hallábase reducida la coalición por parte de las grandes potencias continentales. Rusia, ocupada en la conquista de Turquía, no le daba un solo hombre. Los gabinetes de Viena y de Berlín eran partidarios de la paz. Si el emperador Francisco II iba á ponerse á la cabeza de las tropas aliadas contra la Revolución, era por entretenimiento más que por interés, el cual le llamaba hacia Turquía y Polonia. Prusia, viendo amenazada la integridad de su territorio por la insurrección de Polonia, lamentaba no poder disponer de algunas de las tropas que había comprometido. Estas potencias, abandonadas á sí mismas, poco daño hubiesen hecho á la República francesa. Pero la coalición tenía un alma, Inglaterra, que consagró todas sus energías á la guerra contra Francia.

Hasta aquí, el ministerio Pitt no había tomado parte en esta guerra sino con suma repugnancia, ni había consagrado á ella más que una pequeña parte de sus fuerzas. El envío de un ejército de treinta mil hombres á Bélgica, el bloqueo de algunos puertos franceses, el corso contra el comercio enemigo, la toma de algunas islas en las Indias occidentales, era todo lo que habían hecho los armamentos ingleses. Por otra parte, no se había acre-

ditado Inglaterra de prudente ni de hábil. Habíase descuidado en sostener á la Vendée y en aprovecharse de la conquista de Tolón; había provocado el fracaso de la última campaña con su torpe expedición contra Dunquerque, é iba ahora, por imprevisión y codicia juntamente, á comprometer fuerzas considerables en una expedición inútil contra Guadalupe ó Martinica. Cuando lord Auckland expuso que la guerra no podía tener entonces otro objeto que el de aplastar á la Convención, y que á este fin debían encaminarse todos los esfuerzos, supuesto que esta victoria traería en pos de sí todas las otras, los ministros no intentaron contradecirle, á pesar de lo cual la expedición partió, con el sólo objeto de evitar que se interpretase á debilidad el aplazarla y de asegurar un botín después del fracaso de Dunquerque. Nadie habría reconocido en el autor de estas mezquinas combinaciones al hijo del gran Chatham; nadie habría presentido al árbitro y dueño futuro de los destinos de Europa, lo que muestra que, de todos los dones humanos, una fuerte voluntad moral es el más fecundo y más precioso. Solamente cuando vió á los aliados de Inglaterra debilitarse y á sus enemigos crecer, comprendió el Ministro que le era preciso sostener una guerra, y á sostenerla consagró todas sus facultades y todos los recursos del país. Obtuvo del Parlamento subsidios para el mantenimiento de ochenta y cinco mil marineros, sesenta mil soldados ingleses, cuarenta mil emigrados franceses y soldados alemanes al servicio de Inglaterra; prodigó el oro y las intrigas para impedir que se disolviese la coalición; á Prusia hemos visto que se comprometió á pagarle ochenta y siete mil libras esterlinas por mes, para que elevase su contingente á sesenta y dos mil hombres; corrompió al ministro español Godoy; reanimó al Austria, á Holanda y al Piamonte, que se cansaban de sus sacrificios y de sus derrotas, y otorgó carta blanca á Catalina II en el continente, con tal de guardar para sí la libertad de obrar por los mares. Fox, Sheridan, lord Lansdowne, lord Stanhope y sus amigos luchaban valerosamente en las dos Cámaras contra el sistema de guerra á todo evento; esforzábanse en demostrar que, á pretexto de defender «la Constitución, la religión y la sociedad civil», Pitt no perseguía otro fin que el de conquistar lo que le quedaba á Francia de colonias, hundiéndose para esto en una guerra interminable, en la que podría perecer la libertad inglesa. No era esto del todo inexacto. Ciertamente, pensaba Pitt en la conquista de las islas francesas y en la revancha por la guerra de América; pero estaba persuadido al mismo tiempo, y muchos ingleses con él, que su organización social y su sistema de libertades privilegiadas correrían peligro si la democracia francesa llegaba á establecerse. Así se explica que una mayoría enorme le apoyase en el gran debate que se sostuvo en el mes de Enero del noventa y cuatro, y llegase á justificar aparentemente las predicciones de la oposición votando la suspensión de la libertad individual, la suspensión de lo que los ingleses llaman *habeas corpus*. El terror contra el terror; he aquí el sistema que Pitt aplicó al partido democrático en Inglaterra y en Irlanda, como lo aplicaba fuera á los Estados neutros.



Carnot había meditado un vasto plan de campaña, en el que combinaba los movimientos de los catorce ejércitos sobre el conjunto de las fronteras, como un general combina los movimientos de las divisiones en un campo de batalla de unas cuantas leguas. Por una parte, insurrecciones de tiempo atrás preparadas en Nápoles, Génova y Turín, deberían asegurar la posesión de Italia á los ejércitos de Dumberion y de Dumas no bien estos salvaran los Alpes y los Apeninos; por otra, una vez apagadas en la Vendée las últimas chispas de la rebelión, el ejército del Oeste podría pasar en los primeros días de la primavera á las costas de Inglaterra, para aplastar bajo los muros mismos de Londres á los adversarios más feroces de la Revolución. Dados estos grandes golpes al Mediodía y al Oeste, el Austria, aislada de todos lados, sería fácilmente vencida en Bélgica, y los ejércitos de la República ya no hallarían en Europa otros obstáculos que los que les impusiera la voluntad del pueblo soberano. Conforme á este plan, el Comité de Salvación pública apremió á los jefes del ejército del Oeste á empezar las operaciones en el corazón mismo del invierno.

A Rosiñol había reemplazado en el mando de las tropas de la Vendée el general Turreau, oficial procedente del ejército de Mosela, pero que pensaba terminar la guerra civil del mismo modo que su antecesor, conforme á los destructores planes de los hebertistas. Incendiar aldeas, devastar campiñas, destruir bosques, separar á los pocos republicanos que se hallasen en el país, matar á todos los habitantes hostiles ó neutros, sin distinción de edad ni sexo, en una palabra, aplicar en todo rigor el bárbaro decreto de veinticinco de Agosto, tales eran las bases fundamentales del sistema de guerra de Turreau. Al efecto, una vez destruido el ejército católico, dividió sus tropas en doce columnas, las cuales habían de penetrar en el país por doce puntos diferentes, devastarlo todo á su paso y transformar la Vendée en vasto desierto. Esta obra de destrucción empezó á fines de Enero del noventa y cuatro. Algún que otro oficial procuró atenuar el odioso cometido que se les confiaba; otros hicieron presente al general que estimaban como una gran falta política el reducir á los fatigados rebeldes á la desesperación, que había de inspirarles nuevos alientos; pero la orden era precisa é inexorable, y la mayor parte de los encargados de ejecutarla habíanse familiarizado de tiempo atrás con las violencias y la crueldad. Y los poblados arrieron, y los adultos fueron cazados y degollados como fieras, y las mujeres, deshonradas y asesinadas, y hasta los niños de pecho, sometidos á horribles tormentos, con grandes risotadas de los asistentes. Al principio se adelantó rápidamente y se obtuvieron algunos triunfos. El caballero Larochejaquelein cayó en el mes de Febrero. Pero, á la postre, estos excesos recibieron su castigo. Las leyes sociales, siquier de índole psicológica, se cumplen con la misma precisión que las naturales. Los campesinos, que desde Diciembre habían perdido el último resto de esperanza y estaban dispuestos á someterse para salvar su vida, reuniéronse de nuevo, y puesto que de todos modos habían de morir, volvieron animosos á la lucha, resueltos á vender cara su vida antes que dejarse degollar en aquellas

espantosas carnicerías. Los antiguos jefes Stofflet y Marigny viéronse de repente rodeados de numerosos bandos ávidos de venganza, los cuales asestaron desde el mes de Febrero funestos golpes á las columnas *infernales*, como se llamaban así mismos los republicanos. En un cerrar de ojos apareció la provincia entera armada contra Turreau, que se vió en el triste caso de tener que anunciar al Comité de Salvación pública, con vergüenza y rabia, que necesitaba de refuerzos considerables no más que para mantenerse en los linderos del país insurrecto. El resultado fué que, cuando con la primavera llegó la época de las grandes operaciones, el ejército del Oeste no pudo utilizarse para la empresa proyectada contra Inglaterra.

Poco menos adverso á la República era el curso de los sucesos en Italia y el Mediterráneo. Merced á la lucha entre los partidos que dividían á Córcega, los ingleses habíanse apoderado de esta isla en el mes de Febrero, aunque semejante pérdida no creaba un gran peligro para Francia, le fué á ésta sumamente dolorosa, por lo mucho que quebrantaba su posición marítima y su influencia política en el Mediterráneo. Ciertamente, que no agradó á los estados del litoral el ver á los ingleses posesionarse de Córcega; lejos de esto, el suceso suscitó en todas partes profunda alarma. En Madrid, por ejemplo, el ministro Aranda propuso inmediatamente al Consejo de Estado la conclusión de la paz y la alianza con Francia, como medio de impedir que llegase á oprimir á España el poder marítimo de Inglaterra, y aunque la reina desterró al ministro por aquella proposición, el sentimiento que éste había expresado siguió predominando en las regiones oficiales, al extremo de declarar paladinamente nuestro embajador en Viena que la alianza con Francia, monárquica ó republicana, era necesaria á nuestros intereses marítimos. Estas ideas, sin embargo, carecieron de eficacia para mover las voluntades, porque la toma de la isla de Córcega, al tiempo que inspiró repulsión, aumentó también el temor al poderío inglés. Por consejo del temor, Nápoles prometió ocho mil hombres para guarnecer á Córcega y doce mil para robustecer el ejército aliado en Lombardía; el gran duque de Toscana tuvo que despedir y desterrar á su omnipotente favorito Manfredini, por ser partidario de los franceses, y en Génova, el Senado desbarató las maquinaciones del partido democrático y mantuvo en pie la neutralidad. De todos los elementos con que el Comité de Salvación pública contara en Italia, no le quedaban más que algunos conspiradores en Turín, y aun estos necesitaban, para lanzarse, que el ejército francés avanzase victorioso hasta las inmediaciones de la capital. A dicha pudo tener el Comité que la policía napolitana descubriese hacia fines de Marzo las huellas de una conspiración democrática; porque el susto de la corte fué tan grande que el Rey no quiso deshacerse de uno solo de sus soldados, privando de esta suerte al ejército aliado, en la alta Italia, de un refuerzo considerable y, por cierto, bien necesitado, por cuanto el Austria, en vez de treinta y dos mil hombres, no tenía más que veintiocho mil en Lombardía, y el ejército de Cerdeña, fuerte de veinticinco mil, con los

CAPITULO ALFONSO  
 HISTORIA DE EUROPA  
 T. I. P. 1. 1. 1.



desastres del año anterior, la falta absoluta de dinero y las continuas querellas entre su gobierno y el Austria, hallábase desorganizado por completo.

Tal era la situación cuando, en los primeros días de Abril, el general Dumerbiou dispuso atacar á los aliados en las montañas de la antigua Liguria. Anciano y gotoso, este general daba las órdenes de ordinario desde su lecho, pero tenía dos buenos ayudantes á su lado, algunos generales hábiles en su Estado Mayor, especialmente el robusto y fogoso Masena, y por cima de él tres comisarios de la Convención, Salicetti, Ricord y Robespierre, el joven, los cuales se asesoraban de Bonaparte, que había subido á general de brigada. Lo primero de todo era abandonar las costas del condado de Niza tomando rumbo al Norte, trepar por los Apeninos, apoderarse del desfiladero del Tende y descender por éste hasta Turín, en tanto que el general Dumas, entrando en Saboya, emprendería al Oeste un ataque combinado contra los Alpes marítimos y el monte Cenis. Para proteger el paso del Tende, habíanse establecido los aliados una legua hacia el Sur, en la fuerte posición de Saorgio, que el general Bonaparte juzgaba peligroso atacar de frente, pero que mediante un rodeo, avanzando por la costa al Este hasta Oneglia, la plaza podría ser atacada por detrás y apretada á la vez por todas partes. Esta operación la ejecutó el mismo Bonaparte, previa autorización del Comité de Salvación pública, por pertenecer la costa á un Estado neutral, Génova. El cuatro de Abril cayó Oneglia, que fué entrada á saco, y una vez dueños los franceses de la costa hasta Finale, y limpia de enemigos la vertiente meridional de los Apeninos hasta Ormea, el veintisiete de Febrero se dió el ataque á Saorgio por el Este y el Oeste á un tiempo, con tal empuje, que el general Colli hubo de evacuar la plaza, retirándose con todas las tropas á las alturas del paso del Tende, después de haber sufrido pérdidas considerables. En vano el jefe vencido pidió desde allí socorro al general Vins, que mandaba el cuerpo austriaco en el Piamonte; en vano transmitió éste la petición al archiduque Fernando, en Milán; no había en aquel campamento desorganizado ni unidad ni celo; por lo que, en vez de enviar socorros, Vins mandó á decir á Colli que aquellos miserables desfiladeros no valían la pena de ser defendidos, pero que si el enemigo osaba bajar á la llanura, que descuidase, que él se encargaría de darle una buena lección. Por una marcha de flanco bien combinada, lograron los franceses apoderarse el diez de Mayo de pasos situados en las eminencias, y no esperaban ya más que la aparición del general Dumas en el monte Cenis, para dar á los conjurados de Turín la señal y provocar la gran explosión que había de poner fin al reino de Cerdeña. Á este punto, no más, habían llegado las cosas, cuando se rompieron las hostilidades en la parte más importante del teatro de la guerra, Bélgica. Como se ve, tampoco por el lado de Italia le había salido la cuenta al Comité de Salvación pública.

No obstante el celo infatigable de Carnot, no obstante el ardor con que se trabajaba en todos los campamentos para la instrucción, armamento, vestuario y abastecimiento de las

tropas, algunas partes hallábanse aún muy atrasadas al promediar el mes de Abril. Peor todavía que esto era el desacierto del Comité en la colación de mandos. Ya no estaba Jourdan al frente del ejército del Norte. El Comité de Salvación pública, aun testimoniándole una gran estima, no había quedado satisfecho de su resolución y diligencia en sacar partido de la victoria de Wagttignies. Superior en genio al bravo Jourdan era el libertador de Alsacia, el general Hoche; mas tampoco se le eligió, y esto fué desacierto mayor. A nadie, ni á Saint-Just, había querido revelar Hoche el secreto de aquella hermosa marcha al traves de los Vosgos por la que ahuyentó de sus posiciones á los austriacos y prusianos y libertó á Landau, y no era de esperar, dado el carácter asaz vengativo del comisionado, que éste le perdonase ni aquella negativa ni la preferencia que los representantes Lacoste y Baudot le habían dado sobre Pichegru para el mando en jefe. Participaba el suspicaz Saint-Just de los continuos temores de Robespierre por la ambición de los caudillos y el peligro de los prestigios militares, é imaginábase ver prepararse un Cromwell en el vencedor de Wörth y de Fröeschwiller. Hoche no supo contenerse; se desató en impropiedades y recriminaciones contra la mala voluntad y las intrigas de Pichegru, que pretendía nada menos que atribuirse la gloria de las victorias que él había alcanzado. Tampoco supo mantenerse en toda ocasión mesurado y prudente en su correspondencia con el Comité de Salvación pública. Por su parte, no vió Saint-Just, seducido por la malevolencia del astuto y solapado Pichegru, que las genialidades y botaratadas de Hoche eran testimonio inequívoco de la franqueza de un pecho leal, incapaz de abrigar conjuras ni ambiciones criminales. El desenlace fué bien triste: el Comité, dejándose seducir á su vez por los prejuicios de Saint-Just, estimó á Hoche peligroso y le hizo blanco de medidas injustificadas y bárbaras. Comenzó por separarle del ejército del Mosela, donde se le adoraba, enviándole al de Italia; y luego, no bien había llegado el desterrado á su nuevo destino, ordenó detenerle, llevarle á París bajo escolta, encerrarle en el convento del Carmen, y á lo último en la Conserjería. En vano pidió Hoche una y mil veces que se le juzgase. El desgraciado, hundido de repente de la cima de la gloria en la lobreguez de una cárcel y no hallando mácula en sus actos ni en su pensamiento, revolvióse airado contra Carnot, al que maldecía por tenerle semanas y meses en el fondo de un calabozo. Mas Carnot no se dejó inmutar por sus quejas; siguió firme en su propósito de evitar que el Comité se ocupase en este asunto, con lo que libraba á Hoche de las garras del Tribunal revolucionario y le preservaba de ir á juntarse con Custines y Houchard. Por fortuna, Saint-Just se hallaba á la sazón en el ejército del Sambre, y Robespierre, que no había firmado la orden de arresto, no se asoció esta vez á su implacable amigo.

Mientras el pobre Hoche se pudría en la Conserjería, Pichegru recibía, por influencia de Saint-Just, la dirección de los ejércitos del Norte y de los Ardennes, con grave daño, por cierto, de los intereses de la República; porque solamente Hoche hubiese sido

CAPITULO ALFONSO  
 HISTORIA DE EUROPA  
 T. I. P. 1. 1. 1.